

Guayaquil recuerda a Manuel J. Calle

L. Moscoso Vega.

Los artículos periodísticos tienen los días contados. Su vigencia, por extraordinaria que sea el tema, está limitada. Con pocas excepciones y entre ellas las que brotaron en raudal de vigor y de fusta, que escribió el eminente periodista, literato, historiógrafo e investigador de cosas profundas y de letras de oro, Manuel J. Calle, insigne cuencano que juró domicilio en las calientes tierras de Guayaquil. Pero, ¿por qué esta vitalidad que avanza desde muy ayer a muy futuro? Porque los escritos de Manuel J. Calle tienen entraña de inmortalidad que es para este caso, entraña de historia . . . Y la historia es milenaria y mucho más.

El incomparable periodista que enalteció “El Guante”, que prestigió “El Grito del Pueblo” y cuyas crónicas luego de aparecer en Guayaquil se reproducían y multiplicaban en los diarios de Quito y de Cuenca porque eran de profunda trascendencia y de inigualable valor, estaban alimentadas con visos de verdad y constituían la palabra definitiva en los problemas de la política de entonces que tenían que conocer indefectiblemente los presidentes de la República, los funcionarios más altos, todos cuantos tenían que cuidarse de cometer desacato alguno o abuso alguno porque en seguida les caía el sanmartín del Puerto Calle o eran destrozados entre las voces duras y admonitorias de las CHARLAS. Eso y mucho más que no cabría si quisiéramos trazar la figura completa de Manuel J. Calle en esta breve columna periodística, era el Gran Escritor a quien la Universidad de Guayaquil acaba de honrarlo— que no recordarlo porque a Calle nadie puede olvidarlo— con la publicación de un libro intitulado

La calumnia es un arma vil y cuando se esconde bajo el anonimato, peor todavía. El escritor chileno Guillermo Blest Gana, que se hallaba en Cuenca, ha dejado importantes datos. Dice, entre otras cosas: "El mundo cree siempre mal. En estas circunstancias fue cuando ella escribió algunas líneas condenando la pena de muerte. Esas líneas quedaron sin respuesta. Bajo el velo del anónimo un hombre sin corazón cometió la barbarie de injuriarla por la prensa a esa pobre mujer. ¡Aquel hombre era un sacerdote! ¡El golpe fue mortal!".

Antes de suicidarse, escribió una carta a su madre y le pedía que cuidara de su hijito y dejó un adiós para el marido. Dolores Veintimilla de Galindo ha dejado su hermosa producción poética. Dice Isaac J. Barrera: "Dolores Veintimilla abrió las puertas del canto amoroso en la República y se convirtió en la figura más adorable, por su romanticismo tan lleno de sinceridad que la condujo a la muerte".

Otro de los libros que me ha sido enviado y que leo con verdadero interés es un Epistolario de Carolina Febres Cordero de Arévalo. La correspondencia de una inteligente mujer con su marido desterrado por cuestiones políticas. En las misivas se narra una vida cruel, llena de vicisitudes, de angustias, cartas de la esposa y del hijo, correspondencia íntima y desgarradora. Era una mujer inteligente y sensible, escribió varios poemas, uno que impresiona: "En la muerte de mi querido esposo". El esposo falleció en el destierro, en Panamá, lejos de su mujer y de su hijo a los que tanto quería.

Luego leo un título de mujer muy querido, otra vida: "Mercedes González de Moscoso", hermana del gran escritor Nicolás Augusto González, pero más que nada, figura a la que nosotros debemos conocerla, pues fue la abuela de los Andrade Moscoso, hijos ilustres, uno de ellos el fallecido, escritor y periodista Raúl Andrade Moscoso, Junto con una nota biográfica están los poemas de su libro "Rosas de Otoño". Está enterrada en

el cementerio general de Guayaquil, donde se le ha erigido un monumento.

Hay otro libro, un poemario de la señora Angela Carbo de Maldonado, cuyo hijo es Teodoro Maldonado Carbo, rector de la Universidad de Guayaquil.

Y el último de los libros recibidos es una Antología de Mujeres, portada ilustrada por doña Baltasara Calderón y Garaicoa de Rocafuerte.

En esta antología se recogen muchos artículos sobre mujeres eminentes que permiten conocer sus nombres y sus actuaciones, ¡Qué gran aporte para la cultura literaria!

El Comercio 22-VIII-/84.